

MAGDA JUÁREZ
EN EL FUROR DEL SILENCIO

En el furor del silencio

BIBLIOTECA CÉSAR BRAÑAS

808.831

J91 Juárez, Magda.

En el furor del silencio / Magda Juárez. Guatemala:
Editorial Palo de Hormigo, 2005.

86 pp. (Colección Tres K-Tunes, serie La cuenta del
Tiempo, No. 16)

1. Literatura Guatemalteca.
2. Cuento guatemalteco.
3. Narrativa Guatemalteca.

I. T

© Magda Juárez.

© Editorial Palo de Hormigo. SRL. Guatemala, 2005.

o calle 16-40 zona 15, Colonia el Maestro, Guatemala.
01015.

Teléfono: 2369-3089. Telefax: 2369.8858.

Email; palodehormigo@hotmail.com

Diagramación y revisión del texto: Francisco Morales Santos.

ISBN: 999-62-34-1

No está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

PRÓLOGO

La descomposición social que se vive cotidianamente ha sido el principal asunto que motiva los cuentos de Magda Juárez. En ellos se ofrece una visión literaria, y a la vez conmovedora, frente a la falta de valores y la deshumanización de esta época.

Las pasiones borrascosas que brotan a flor de piel en los protagonistas ofrecen un panorama descarnado de la miseria, la falsedad, el vicio, la indiferencia, la doble moral y la degradación en que viven miles de personas. Seres inocentes son alcanzados por estas pasiones y sucumben ante ellas, por diferentes causas.

El SIDA, enfermedad de moda, por contagiosa y terrible, pone frente al *gran jurado* su carta de presentación. La homosexualidad, los travestis, la prostitución y el vicio conducen a seres humanos inexorablemente hacia la muerte. Sin embargo, existe la sociedad dura, prejuiciosa e implacable que condena al desprecio y a la indiferencia, a todo ser que padezca esta tragedia, sin importar si es culpable o no.

En este mundo donde reinan la miseria y la pobreza, el que tiene despilfarra y el que no tiene arrebatada. Otros seres se venden como mercancía barata, algunos por necesidad, otros por ambición. En estos cuentos aparecen sujetos de las dos clases como radiografías sociales. Miles de seres humanos son utilizados para satisfacer apetitos sexuales de sujetos inescrupulosos, hombres, mujeres o hermafroditas.

Esa queja amarga y sonora que cita Magda como introducción al cuento *El olor de la mandrágora*, es como un grito de alerta y de misericordia, para que despierte en los seres humanos la sensibilidad hacia el que sufre, sin importar cuáles sean las razones del sufrimiento.

La corrupción se ha expandido como la peste en el corazón de las personas que aman en dinero más que a Dios. Por él explotan y prostituyen a otras personas. Trafican drogas, muertos y vivos, venden personas y viven en mundos de vicio y degradación, oportunidad que también brinda el poder del dinero. Aquí la simbólica presencia del sacerdote, el comandante y el militar.

En el furor del silencio

Tal es la propuesta literaria que se encuentra en los cuentos de Magda Juárez. Desde su sensibilidad de escritora afronta esta dura realidad y la lleva en letras ante los ojos de los lectores, que quizá la desconozcan. Así, todo el odio contenido en las miradas que descarga Regina hacia Clara, su madre, tienen una razón poderosa. De igual manera las miradas de Sebastián sobre Shirley caen como saetas. ¿Por qué será?

5 En esta serie de cuentos se devela una sociedad corrupta y desequilibrada. Los protagonistas: policías, médicos, bailarinas, niñas, adolescentes, mujeres, homosexuales, prostitutas, sacerdotes, ancianas, etc. Los temas: frustración, dolor, indiferencia, odio, enfermedad, miseria, muerte, pero ante todo, falta de amor.

Es posible que reaparezca en estas páginas un neorrealismo, ese movimiento literario que despertó la sensibilidad social en su momento en toda Europa. Quizá estas líneas despierten el interés por conocer una nueva propuesta literaria en la pluma de una escritora que abre su corazón para demostrar que el conflicto que actualmente padece la humanidad, sea precisamente la falta de sensibilidad y amor al prójimo.

Los mensajes subyacentes que aparecen en los discursos narrativos de Magda Juárez invitan a la reflexión profunda para descubrir hacia dónde va la humanidad. El propósito es rasgar el velo de la indiferencia y ver con los ojos del alma para despertar el corazón y el espíritu en los seres humanos. De esa manera quizá sea posible rescatar los valores de ética y moral para ser más humanos.

Dra. Lilia Mendoza Hidalgo.

EL OLOR DE LA MANDRÁGORA

Una queja amarga y sonora. El horror de ir a tiendas en intermitentes espantos, hacia lo inevitable, desconocido...Y la pesadilla brutal de este dormir de llantos. Cantos de vida y esperanza. Rubén Darío.

Balanceándose en la vieja mecedora Clara detuvo el impulso de la silla y pensó que ya era tiempo de buscar la mecha que le hacía falta a la estufa de gas. Al salir a la calle sintió que el camino amarillento se derretía bajo sus pies. Los gritos de unos chiquillos que jugueteaban por la vereda le parecieron los graznidos de los viejos zopilotes que rondaban el cielo árido y solitario del mediodía. Caminó despacio y con desgano se detuvo a saludar a una mujer que trataba de espantar el calor al ritmo del aire que producía un viejo y destartado ventilador que giraba las aspas con el aleteo agónico de un pez fuera del agua. Cuando la mujer escuchó el saludo la miró con desprecio y luego se ocupó en las tareas que fingió estar realizando para no tener que ocuparse más en aquella extraña.

Resignada ante el desprecio suspiró pesadamente y continuó su camino. Al llegar a la abarrotería repentinamente olvidó para qué había salido. Una enraizada sensación de angustia le atenazó el corazón. No podía recordar para qué había salido y qué era lo que necesitaba comprar. Había surtido bien la alacena, con el escaso dinero conseguido al vender su ropa, que no necesitaba salir a la calle. La maldita estufa que fallaba precisamente a esa hora cuando calentaba la sopa para darle a Regina que, dado el estado de ánimo que mantenía, no admitía demoras de ninguna clase. Parada frente al abarrotero no acertaba a articular palabra alguna. El hombre la miraba con ojos de borrego degollado, con aire indiferente de bestia rumiando el silencio que crecía verde y cenagoso entre los dos. Clara abanicó la mano abierta para aliviar el calor que le calcinaba las sienes y trató de recordar el motivo de su visita a ese lugar. De pronto, la mirada del semoviente cobró vida y se dibujó en sus pupilas el pánico de la ignorancia ante lo que veía. Clara volvió la mirada y sus ojos tropezaron con un rostro demasiado familiar para su memoria. Dio la vuelta bruscamente y la arrastró hacia fuera, miró con ansiedad a todas partes y, sin mirar realmente nada, huyó de aquel sitio a toda prisa. Aferrando con furia aquel brazo, la desgarrada sombra apenas si podía seguirle el paso. Los ojos

7

azules, casi hundidos en el cráneo agudamente perfilado por la alopecia, brillaban inexpresivos como los redondos ojos de un pescado expuesto al aire. Al llegar a la casa la niña permaneció rígida en la sombra. Su pequeña estatura la hacía verse diminuta en la habitación repleta de atriles, soluciones salinas, agujas, pinzas y jeringas. Clara se movió en el espacio que dividía la cocina y la sala para evitar la mirada de aquella sombra. No pudo escapar pues sintió a través de la inútil telaraña que colgaba del biombo los ojos azules y crueles buscando los suyos para descargar todo el odio que los inundaba. La silenciosa e implacable persecución terminó cuando Clara la enfrentó furiosa y, abanicando la mano abierta en el aire la dejó caer en la terrosa mejilla de la niña.

-¡Es suficiente! –Gritó apartando la mano con espanto como si acabara de tocar una alimaña- ¡No es fácil ser valiente ante todo esto!

-¿Por qué te enojas? A fin de cuentas es normal que sientan un poco de asco.

-¡He dicho que es suficiente!

La niña sonrió con malevolencia. Su odio no hacía concesiones con nadie, mucho menos con ella, que era sólo una sombra en su pasado. El presente lleno de crueldad y miseria le pertenecía solo a ella, nadie más cabía en ese espacio de horror y podredumbre. Por lo menos tenía el derecho de hacer sufrir a alguien más, de grabarle la culpa y el remordimiento en la conciencia, si es que tenía conciencia una mujer como su madre.

Clara se sobrecogió de temor al darse cuenta que su cariño no disminuía ni un solo gramo frente al odio de su hija. Cerró los ojos y una lágrima le mojó la mejilla. Ante ese espectáculo una débil mueca contrajo los labios de la niña; unos labios demasiado grandes para la cara menuda. Todavía era una niña, con sus trece años mal repartidos entre pueblo y pueblo, había dejado la inocencia y la virginidad en el cuartucho de un hombre que durante los años que lo conoció la había llamado hija. De él sólo heredó una enfermedad incurable y el gesto cínico en la mirada al sentir la íntima satisfacción del daño infringido en el alma de aquella mujer.

En ese momento entró corriendo un niño flaco y amarillento, se detuvo de golpe y sonrió al ver que Clara golpeaba la pared con el puño cerrado, como un boxeador frente al saco de arena. Se encogió de hombros y, tomando la escoba que estaba tras la puerta, empezó a barrer.

Por la tarde Clara leía pausadamente una vieja revista geográfica. Un nudo invisible la asfixiaba y no pudo seguir con la lectura. El cuerpo que yacía en la cama se agitó y la urgió con la mirada. Ella reanudó la lectura. El muchacho veía a Regina con la curiosidad indiferente de una dispositiva antigua, de dibujo animado decadente, grotesco en su sencillez de cuerpo guillotinado por la muerte. Se restregó la nariz con impaciencia y, al ver que una cucaracha salía de entre la madera del piso, corrió a aplastarla con el pie desnudo. Pensó que era más fácil cortarle la vida a un ser inútil, como hacía Clara con su hija, que mantenerlo vivo a medias. Ahogó un bostezo contra el vidrio de la ventana deseando que la lectura terminara y diera paso a la merienda. El prolongado silencio lo hizo voltear con una urgencia contenida en los pies por salir corriendo a comprar el pan y la tableta de chocolate para hacer la bebida más deliciosa que él haya probado en su vida. Sin embargo, el impulso fue cortado cuando vio a Clara cubrir el rostro de la niña con la sábana. Comprendió que todo había terminado; las lecturas por la tarde, la merienda, las curaciones al cuerpo de Regina. Todo había acabado así como empezó; sin estertores, sin llanto, sin previo aviso. Se sentó sobre un viejo cajón de cerveza y esperó que ella dijera algo pero no lo hizo, sólo se movía como una autómatas al colocarse los guantes y taponar con pequeñas torundas de algodón la nariz de la niña.

El rostro inexpresivo de Clara lo confundía, él sabía que cuando uno se moría la mejor forma de quererlo era llorándolo, al menos eso le decía su nana que lo quería tanto y lloraba a mares porque él la mataba de disgustos.

Al terminar de amortajar el pequeño cuerpo Clara lo envolvió en una sábana y luego salió al patio con él en brazos y lo colocó bajo un rosal. Secándose el sudor con el dorso de la mano suspiró cansadamente y entró de nuevo a la casa. A los pocos minutos salió con un pico y una pala. Empezó la tarea silenciosamente, mordiendo la tierra árida con el oxidado colmillo de hierro que dejaba caer secamente cada dos o tres minutos. El muchacho la miraba hacer desde el corredor del patio, en cuclillas y con los brazos estirados sobre las rodillas espantaba con infinito desgano los mosquitos y se escarbaba los dedos gordos del pie decorados con niguas. Una sombra acuchillada entre los matorrales hizo que Clara detuviera

En el furor del silencio

la labor por un instante. La brillante placa que portaba en el pecho refulgió cuando se acercó a ella.

-¿Sabe que lo que está haciendo es un delito? –Preguntó-

-Sí, lo sé. –Contestó con una indiferencia desoladora y continuó cavando- Nadie quiso ayudarme cuando estaba viva, ¿por qué lo harán ahora que está muerta?

-Lo que usted hace es un pecado –sentenció el policía-

-Es probable. Toda esta mierda debe ser un gran pecado; el hambre, los mosquitos, la miseria, la puta enfermedad que te corroe la sangre!

-Supongo que sí. Pero, así es la vida...Mire yo a lo que vengo es a buscar a un tal William...William Gates. ¿Lo conoce? Vive aquí, ¿no es así?

-Vino usted un poco tarde, Will murió hace dos semanas. Ya sabe, el de la casa parroquial.

-Ah, él es el ladrón que mataron...Supongo que lo enterró al pie del rosál, ¿no es así? ¡Tendrá una bonita colección de momias o unas rosas muy bonitas con ese tipo de abono!

La aguda carcajada del policía la hirió como un latigazo en el rostro. Sin embargo, no se inmutó continuó impassible con el rostro duro y la voz inalterable.

-Sí, supongo que los huesos de mi marido son un buen abono.

La risa fue cortada de raíz y una mueca indefinible se dibujó en el enjuto rostro del oficial.

-Va a tener que acompañarme a la comisaría señora. El jefe tiene que enterarse de esto.

-Usted no entiende, le dije que nadie quiso ayudarme.

-¿Por qué no fue a la policía? Usted debió reportar la muerte de su hija al juez, él le hubiera dicho qué hacer. Si usted fuera una buena mujer.

-Supongo que usted si lo es, es decir, un buen hombre.

-¡Naturalmente! Yo soy un hombre temeroso de la ley de Dios.

-Entonces, ¿qué hace aquí estorbando a la gente mala?

-Mire señora, por respeto a su dolor no le contesto como se merece. Vamos, salga de allí y acompañeme.

Clara empezó a sacudirse el polvo que le cubría el vestido negro y salió de la fosa, luego acudió al lado del policía. Resignada se dejó engrilletar. Le pareció extraño ser tratada como una criminal pues siempre se había considerado una mujer buena. No sentía culpa por lo que había hecho. Una extraña felicidad la invadía al saber que ese era el punto final en esa historia de dolor y miseria que vivió junto a aquellos seres. Sin poder evitarlo empezó a reír a carcajadas, macabra y brutalmente desgredada, como un títere absurdo y epiléptico que se movía sin control. Empezó a caminar, riendo escandalosamente, y el eco de su propia risa demencial le pareció una burla. De pronto, la risa se trocó en un llanto terrible que se iba desgarrando en gemidos roncós y sordos. Bramaba como una fiera herida atravesada por un hierro candente. El oficial, como un niño asustado, la seguía dócilmente. Hubo una pausa en su llanto y con las manos crispadas como garras señaló una casucha.

-¡Usted, maldita mujerzuela, usted lo enfermó! ¡Salga a gozar de la desgracia ajena!

Ante los gritos la gente había salido de sus casas creyendo que se trataba de algún pleito entre vecinas.

-¡Y usted, cura del diablo, fíjese en esta cara, en estos ojos, a ver si por ellos encuentra la razón de mi desgracia! ¡Canalla! ¡Mentiroso! ¡Ojalá su alma la salve Dios cuando le ruega desde la cama de esa puta!

Al ver que el grupo de gente la cercaba se fue corriendo para salvarse de las voces que la acosaban en su huida gritándole loca. Lejos de ellos, se dio la vuelta y gritó con todo el rencor acumulado por años.

-¡Malditos hijos de puta!

El policía, enjuto y pálido, comprendió que aquella mujer no estaba loca ni era una criminal, simplemente era una mujer sin esperanza. Corrió tras ella y a poca distancia de darle alcance se detuvo.

-Señora, déjeme ayudarla...

-No, nadie me puede ayudar...Usted no sabe lo que he hecho...rogar y suplicar por un poco de ayuda...Nadie, ni siquiera dios....Dios que nunca está cuando más se le necesita.

-Vamos a la comisaría, el comandante la puede ayudar.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

